

lo que nos hará cambiar de ideas, y recordemos que una bata en tonos claros favorecerá mejor nuestro rostro, aún pálido, que un traje de calle en colores más severos.

CUANDO SOMOS NOSOTRAS LAS ENFERMERAS

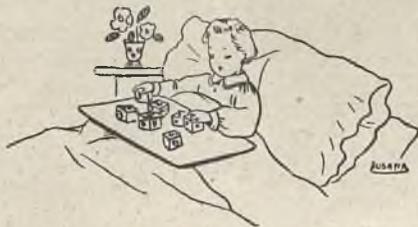
Sea quien sea el enfermo en la casa, sirven las normas que hemos dado sobre la habitación y el aspecto de la cama. Ahora diferenciaremos si el enfermo es nuestro marido, hermano o padre o si es un niño. En general, los hombres son unos enfermos pésimos. Pasarán de la mayor despreocupación sobre su salud a las más ridículas aprensiones, y debemos partir de la base de que todo el tiempo que dure la enfermedad, aun el hombre más inteligente caerá en una especie de idiotismo especial con el que debemos contar. ¡Cuanto más leve la enfermedad, este estado de media demencia será más acentuado! Si nosotras encendemos un pitillo en su habitación, nos recriminará por falta de corazón; pero si sus amigos llegan por la tarde y fuman incansablemente durante dos horas seguidas, dejando en su habitación una atmósfera irrespirable para el más sano, lo encontrará naturalísimo, y cuando osemos protestar se nos acusará de querer hacerle la vida amarga. ¡Y así en todo! Nuestra misión especial a la cabecera de un hombre enfermo es mantenerle en un estado de engaño perpetuo que le haga feliz. ¡Pareceremos preocupadas por su salud, aunque no tampoco demasiado; le contaremos cómo casi la vida de la ciudad entera está parada por su falta, y cómo el negocio en el que él trabaja está a punto de venirse abajo por su ausencia! Satisfecho con estas noticias sobre su importancia, puede empezar nuestra misión. Diplomática, pero energicamente, le haremos afeitarse, lavarse y aparecer peinado. Como el cuidado de su ropa es nuestro, esta cuestión nos resultará más fácil. La ventilación necesaria la haremos escrupulosamente, y aunque nos quiera convencer que le llevamos por el camino de la pulmonía.

Ni termómetros ni medicinas dejaremos a su alcance, aunque cuidemos de que tenga todos los periódicos o revistas que puedan distraerle. Más que nunca estaremos atentas a la comida. La bandeja en que se la presentemos,

y esto es igual para toda clase de enfermos, debe ofrecer un aspecto agradable; por el mantelillo, alegre, limpio y bien planchado; por la vajilla, que será la de las fiestas, y por los cubiertos relucientes. Naturalmente, se parte de la base de que no se trata de enfermedad contagiosa que necesite cuidados especiales. Sobre la bandeja de la comida tengamos el detalle de colocar unas flores. Los platos que presentemos a los enfermos deben ser primorosamente colocados, y no caigamos nunca en el error de porque sólo sea un puré o un caldo podemos presentarlo de cualquier manera. Las horas de las comidas de los enfermos se atenderán con gran esmero, pues el que está en la cama, teniendo pocas cosas en que pensar, da una importancia exagerada a estas pequeñeces, y es inútil disgustarle o irritarle.

Si el enfermito es un niño, nuestra misión es diferente. Si verdaderamente hay criaturas que hacen enfermos dóciles y encantadores, lo general en la infancia es que sean inquietos, se destapen con frecuencia y rebeldes para las medicinas. Aunque lloren y chillen por las cataplasmas, inyecciones, etc., nunca debemos ablandarnos y dejarles de hacer lo necesario, pues debemos pensar que la razón, que ellos no tienen, debe ser doble en nosotros. Se les rodeará de la mayor limpieza en ropas y cuarto, y al enfermito se le lavará diariamente, y aun más de una vez al día, la boca y las manos. Se cuidará de que sus uñas están bien cortas y de que su pelo no se enrede. Nuestra mayor tarea es distraerle. Según la edad o aficiones del niño, se le buscará el juguete que más pueda divertirle, cuidando de que no tenga nada que pueda resultarle peligroso, como pueden ser agujas, tijeras de punta afilada o pinturas que puedan resultar tóxicas. Los juguetes ideales para estar en la cama son las construcciones de toda especie y los rompecabezas. Pero ya se sabe que cada niño tiene su manera especial de entretenerse, y el caso es dar con ella. Aunque parezca exagerado, lo cierto es que si en torno del niño las cosas están aseadas, tranquilas, pacíficas y bonitas, esto tendrá una enorme influencia sobre su estado de ánimo, lo que le hará más dócil y paciente y, en resumidas cuentas, ayudará a su curación. Si su estancia en la cama no se debe a enfermedad contagiosa, puede ser, por ejemplo, un miembro roto, etc., se buscará a amiguitos de su edad que vengan a jugar con él y le distraigan. La estancia constante entre personas mayores, sobre todo durante una enfermedad, podría hacer del niño un tímido excesivo o un marisabidillo.

M.



Quando estás cansada o sospechas que tengas algo de fiebre, utiliza el termómetro. El pulso puede engañarte, sobre todo si lo tomas, como esta señorita, erróneamente, con el pulgar...



La mujer española, atenta siempre a las necesidades de la patria, se agrupa ahora en torno a las enseñanzas que la Sección Femenina le brinda para ampliar sus conocimientos y con ellos poder prestar una utilidad en la vida. La fotografía representa un grupo del curso de enfermeras de la Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Lérida.



¡Quirófano! Palabra horrible, cuya sola pronunciación hacía temblar de espanto a las mujeres. Hoy, con una sensibilidad mejor ordenada, presencian las operaciones quirúrgicas con serenidad emotiva, pero sin cobardía. Este grupo de camaradas del cursillo de enfermeras de Lérida, organizado por la S. F., os lo demuestra.



La patria necesita hijos: el Caudillo así lo ha dicho, y la Sección Femenina, atenta siempre a sus consignas, coayuda a esta consigna aportando a los recién nacidos necesitados toda la ropa de abrigo que sus cuerpos débiles precisan. Dos camaradas de la S. F. de Málaga.



A las futuras madres necesitadas la Sección Femenina regala una canastilla completa con que recibir y vestir al nuevo ser. Las camaradas divulgadoras de Málaga ayudan con solicitud y cariño a estas madres a llevarse su regalo.